

## Repartido 4 – Simone de Beauvoir

### Datos biográficos e introductorios

Filósofa y escritora francesa, nacida en París en 1908. Educada en una familia burguesa y cristiana, al acabar sus estudios escolares ingresa en 1925 en la Sorbona, donde se licencia con una tesis sobre Leibniz. Como filósofa es una de las máximas exponentes de la corriente existencialista, filosofía que pone como tópicos centrales de su análisis la existencia concreta y la libertad humanas. Esta concepción atravesará su obra, no solo filosófica sino también literaria, marcada por un gran componente autobiográfico.

En 1929 gana la agregación de filosofía en la Sorbona. Allí conoce al también filósofo Jean-Paul Sartre, quien sería su compañero de vida y actividad intelectual (con él y el también existencialista Merleau-Ponty fundan la revista *Les Temps Modernes*). De Beauvoir es un claro ejemplo de intelectual comprometida con su época que tanto se halla en el siglo XX, encabezando luchas como la que exigía la liberación de Argelia o apoyando a los estudiantes del mayo francés. En 1966 fue nombrada, junto con Sartre, miembro del Tribunal Russell, un tribunal internacional instituido para investigar y evaluar los crímenes cometidos por los americanos en la guerra del Vietnam. También fue crítica de la invasión soviética de Checoslovaquia.

Después de la Segunda Guerra inicia la redacción de su obra más célebre, *El segundo sexo*, obra en que analiza la condición de la mujer desde el punto de vista biológico, psicológico e histórico (tomando como base el psicoanálisis y el materialismo histórico, pero yendo más allá de ellos), mostrando el lugar de la mujer como producto de una idea histórica de la cultura masculina. Esta obra, atravesada por su ética existencialista, no solo le da popularidad y resulta un escándalo para la época, sino que, a la postre, la termina convirtiendo en una referencia teórica ineludible de la llamada «segunda ola» del feminismo en Europa. El feminismo teórico que inicia esta obra culmina con la participación activa, a partir de 1973, en los movimientos de emancipación de la mujer.

Las ideas de Simone de Beauvoir están marcadas y delimitadas por la confluencia e interacción de la filosofía existencialista y la conciencia de su condición de mujer. Desde el punto de vista existencialista, el humano no existe, sino que debe realizarse en cada instante como existencia y como proyecto que permanentemente debe renovarse. El humano es acción y el objetivo de la acción es la libertad; la libertad es, así, la propia tarea de cada uno y el medio de comunicarse con los demás. En el marco de este contexto, filosófico y a la vez de compromiso, se plantea la pregunta por la condición de mujer: ¿qué es ser mujer? El segundo sexo planteará dos tesis centrales en relación a esta pregunta: la mujer ha sido a lo largo de la historia al alteridad absoluta; y la construcción social de “lo femenino” supera ampliamente su condición natural y viene a reafirmarla en su lugar de Otro.

### El segundo sexo (1949) – Selección de texto

*Existe un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre,  
y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer.*  
PITÁGORAS

*Todo cuanto sobre las mujeres han escrito los hombres debe  
tenerse por sospechoso, puesto que son juez y parte a la vez.*  
POULAN DE LA BARRE

NOTA: Este libro ha sido escrito durante los años 1948-1949. Cuando empleo las palabras “ahora”, “recientemente”, etc., me refiero a ese período. Ello explica también que no cite ninguna obra publicada después de 1949.

### INTRODUCCIÓN

Durante mucho tiempo dudé en escribir un libro sobre la mujer. El tema es irritante, sobre todo para las mujeres; pero no es nuevo. (...) Y no parece que las voluminosas estupideces vertidas en el curso de este último siglo hayan aclarado mucho el problema. Por otra parte, ¿es que existe un problema? ¿En qué consiste? ¿Hay siquiera mujeres? (...)

«¿Dónde están las mujeres?», preguntaba recientemente una revista. Pero, en primer lugar, ¿qué es una mujer? (...): «Toda la mujer consiste en el útero». [Para indicar que la mujer está condicionada por su constitución biológica]. Sin embargo, hablando de ciertas mujeres, los conocedores decretan: «No son mujeres», pese a que tengan útero como las otras. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer que en la especie humana hay hembras; constituyen hoy, como antaño, la mitad, aproximadamente, de la Humanidad; y, sin embargo, se nos dice que «la feminidad está en peligro»; se nos exhorta: «Sed mujeres, seguid siendo mujeres, convertíos en mujeres.» Así, pues, todo ser humano hembra no es necesariamente una mujer; tiene que participar de esa realidad misteriosa y amenazada que es la feminidad. Esta feminidad ¿la secretan los ovarios? ¿O está fijada en el fondo de un cielo platónico? ¿Basta el *frou-frou* de una falda para hacer que descienda a la Tierra? (...)

Las ciencias biológicas y sociales ya no creen en la existencia de entidades inmutablemente fijas que definirían caracteres determinados, tales como los de la mujer, el judío o el negro; consideran el carácter como una reacción secundaria ante una situación. (...) A propósito de una obra, por lo demás irritante, titulada “Modern Woman: a lost sex”, Dorothy Parker ha escrito: «No puedo ser justa con los libros que tratan de la mujer en tanto que tal... Pienso que todos nosotros, tanto hombres como mujeres, quienes quiera que seamos, debemos ser considerados como seres humanos.» Desde luego, la mujer es, como el hombre, un ser humano; pero tal afirmación es abstracta; el hecho es que todo ser humano concreto está

siempre singularmente situado. Rechazar las nociones de eterno femenino, de alma negra, de carácter judío, no es negar que haya hoy judíos, negros, mujeres; esa negación no representa para los interesados una liberación, sino una huida inauténtica.

(...) Y en verdad basta pasearse con los ojos abiertos para comprobar que la Humanidad se divide en dos categorías de individuos cuyos vestidos, rostro, cuerpo, sonrisa, porte, intereses, ocupaciones son manifiestamente diferentes. Acaso tales diferencias sean superficiales; tal vez estén destinadas a desaparecer. Lo que sí es seguro es que, por el momento, existen con deslumbrante evidencia.

Si su función de hembra no basta para definir a la mujer, si rehusamos también explicarla por «el eterno femenino» y si, no obstante, admitimos que, aunque sea a título provisional, hay mujeres en la Tierra, tendremos que plantearnos la pregunta: *¿qué es una mujer?*

El mismo enunciado del problema me sugiere inmediatamente una primera respuesta. Es significativo que yo lo plantee. A un hombre no se le ocurriría la idea de escribir un libro sobre la singular situación que ocupan los varones en la Humanidad. Si quiero definirme, estoy obligada antes de nada a declarar: «Soy una mujer»; esta verdad constituye el fondo del cual se extraerán todas las demás afirmaciones. Un hombre no comienza jamás por presentarse como individuo de un determinado sexo: que él sea hombre es algo que se da por supuesto. Es solo de una manera formal, en los registros de las alcaldías y en las declaraciones de identidad, donde las rúbricas de masculino y femenino aparecen como simétricas. La relación de los dos sexos no es la de dos electricidades, la de dos polos: el hombre representa a la vez el positivo y el neutro, hasta el punto de que en francés se dice «los hombres» para designar a los seres humanos (...). La mujer aparece como el negativo, ya que toda determinación le es imputada como limitación, sin reciprocidad.

A veces, en el curso de discusiones abstractas, me ha irritado oír que los hombres me decían: «Usted piensa tal cosa porque es mujer». Pero yo sabía que mi única defensa consistía en replicar: «Lo pienso así porque es verdad», eliminando de ese modo mi subjetividad. No era cosa de contestar: «Y usted piensa lo contrario porque es hombre», ya que se entiende que el hecho de ser hombre no es una singularidad; un hombre está en su derecho de serlo; es la mujer la que está en la sinrazón. Prácticamente, lo mismo que para los antiguos había una vertical absoluta con relación a la cual se definía la oblicua, así también hay un tipo humano absoluto que es el tipo masculino. La mujer tiene ovarios, un útero; he ahí condiciones singulares que la encierran en su subjetividad; se dice tranquilamente que piensa con sus glándulas. El hombre se olvida olímpicamente de que su anatomía comporta también hormonas, testículos. (...)

«La mujer es mujer en virtud de cierta falta de cualidades -decía Aristóteles-. Y debemos considerar el carácter de las mujeres como adoleciente de una imperfección natural.» Y, a continuación, Santo Tomás decreta que la mujer es un «hombre fallido», un ser «ocasional». Eso es lo que simboliza la historia del Génesis, donde Eva aparece como extraída, según frase de Bossuet, de un «hueso supernumerario» de Adán. La Humanidad es macho, y el hombre define a la mujer no en sí misma, sino con relación a él; no la considera como un ser autónomo. (...)

La mujer se determina y se diferencia con relación al hombre, y no este con relación a ella; la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; *ella es lo Otro*.

La categoría de lo Otro es tan original como la conciencia misma. (...) Ninguna colectividad se define jamás como «Una» sin colocar inmediatamente enfrente a la «Otra». Bastan tres viajeros reunidos por azar en un mismo compartimiento, para que el resto de los viajeros se conviertan en «otros» vagamente hostiles. Para el aldeano, todos los que no pertenecen a su aldea son «otros», de quienes hay que recelar; para el nativo de un país, los habitantes de los países que no son el suyo aparecen como «extranjeros»; los judíos son «otros» para el antisemita, los negros lo son para los racistas norteamericanos, los indígenas para los colonos, los proletarios para las clases poseedoras. (...)

Pero la otra conciencia le opone una pretensión recíproca; cuando viaja, el nativo se percata, escandalizado, de que en los países vecinos hay nativos que le miran, a su vez, como extranjero; entre aldeas, clanes, naciones, clases, hay guerras, negociaciones, tratados, luchas, que despojan la idea de lo Otro de su sentido absoluto y descubren su relatividad; de buen o mal grado, individuos y grupos se ven obligados a reconocer la reciprocidad de sus relaciones. ¿Cómo es posible, entonces, que esta reciprocidad no se haya planteado entre los sexos, que uno de los términos se haya afirmado como el único esencial, negando toda relatividad con respecto a su correlativo, definiendo a este como la alteridad pura? *¿Por qué no ponen en discusión las mujeres la soberanía masculina?* (...) ¿De dónde le viene a la mujer esta sumisión?

Existen otros casos en que, durante un tiempo más o menos prolongado, una categoría consigue dominar completamente a otra. Es la desigualdad numérica la que, con frecuencia, confiere ese privilegio: la mayoría impone su ley a la minoría o la persigue. Pero las mujeres no son, como los negros de Norteamérica, o los judíos, una minoría: en la Tierra hay tantas mujeres como hombres. (...) Ha sido un acontecimiento histórico el que ha subordinado el más débil al más fuerte: la diáspora judía, la introducción de la esclavitud en América, las conquistas coloniales son hechos acaecidos en fecha conocida. En tales casos, para los oprimidos ha habido un antes; tienen en común un pasado, una tradición, a veces una religión, una cultura.

En este sentido, el acercamiento establecido por Bebel entre las mujeres y el proletariado sería el mejor fundado: tampoco los proletarios se hallan en inferioridad numérica. Sin embargo, a falta de un acontecimiento, es un desarrollo histórico lo que explica su existencia como clase y lo que informa respecto a la distribución de esos individuos en esa clase. No siempre ha habido proletarios, pero siempre ha habido mujeres; estas lo son por su constitución fisiológica; por mucho

que remontemos el curso de la Historia, siempre las veremos subordinadas al hombre: su dependencia no es resultado de un acontecimiento o de un devenir; no es algo que haya llegado. Y, en parte, porque escapa al carácter accidental del hecho histórico, la alteridad aparece aquí como un absoluto.

Una situación que se ha creado a través del tiempo puede deshacerse en otro tiempo (...). Los proletarios dicen «nosotros»; los negros, también. Presentándose como sujetos, transforman en «otros» a los burgueses, a los blancos. Las mujeres -salvo en ciertos congresos, que siguen siendo manifestaciones abstractas- no dicen «nosotras»; los hombres dicen «las mujeres» y estas toman estas palabras para designarse a sí mismas; pero no se sitúan auténticamente como Sujeto. Los proletarios han hecho la revolución en Rusia; los negros, en Haití; los indochinos luchan en Indochina: la acción de las mujeres no ha sido jamás sino una agitación simbólica, y no han obtenido más que lo que los hombres han tenido a bien otorgarles; no han tomado nada: simplemente han recibido.

Y es que las mujeres carecen de los medios concretos para congregarse en una unidad que se afirmaría al oponerse. Carecen de un pasado, de una historia, de una religión que les sean propios, y no tienen, como los proletarios, una solidaridad de trabajo y de intereses; ni siquiera existe entre ellas esa promiscuidad espacial que hace de los negros de Norteamérica, de los judíos de los guetos y de los obreros de Saint-Denis o de las fábricas Renault, una comunidad. Viven dispersas entre los hombres, atadas por el medio ambiente, el trabajo, los intereses económicos, la condición social, a ciertos hombres -padre o marido- más estrechamente que a las demás mujeres. Burguesas, son solidarias de los burgueses y no de las mujeres proletarias; blancas, lo son de los hombres blancos y no de las mujeres negras. El proletariado podría proponerse llevar a cabo la matanza de la clase dirigente; un judío o un negro fanáticos podrían soñar con acaparar el secreto de la bomba atómica y hacer una Humanidad enteramente judía o enteramente negra: la mujer, ni siquiera en sueños puede exterminar a los varones. *El vínculo que la une a sus opresores no es comparable a ningún otro.* (...) La pareja es una unidad fundamental cuyas dos mitades están remachadas una con otra: no es posible ninguna escisión en la sociedad por sexos. Eso es lo que caracteriza fundamentalmente a la mujer: ella es lo Otro en el corazón de una totalidad cuyos dos términos son necesarios el uno para el otro.

(...)

El amo y el esclavo también están unidos por una necesidad económica recíproca, que no libera al esclavo. Y es que, en la relación entre el amo y el esclavo, el amo no se plantea la necesidad que tiene del otro: detenta el poder de satisfacer esa necesidad y no la mediatiza; por el contrario, el esclavo, en su dependencia, esperanza o temor, interioriza la necesidad que tiene del amo; pero, aunque la urgencia de la necesidad fuese igual en ambos, siempre actúa en favor del opresor frente al oprimido. Ello explica que la liberación de la clase obrera, por ejemplo, haya sido tan lenta. Ahora bien, la mujer siempre ha sido, si no la esclava del hombre, al menos su vasalla; los dos sexos jamás han compartido el mundo en pie de igualdad; y todavía hoy, aunque su situación está evolucionando, la mujer tropieza con graves desventajas. En casi ningún país es idéntico su estatuto legal al del hombre; y, con frecuencia, su desventaja con respecto a aquel es muy considerable. Incluso cuando se le reconocen en abstracto algunos derechos, una larga costumbre impide que encuentre en los usos corrientes su expresión concreta. Económicamente, hombres y mujeres casi constituyen dos castas distintas; en igualdad de condiciones, los primeros disfrutaban situaciones más ventajosas, salarios más elevados, tienen más oportunidades de éxito que sus competidoras de fecha reciente; en la industria, la política, etc., ocupan un número mucho mayor de puestos, y son ellos quienes ocupan los más importantes. Además de los poderes concretos que poseen, están revestidos de un prestigio cuya tradición mantiene toda la educación del niño: *el presente envuelve al pasado, y en el pasado toda la Historia la han hecho los varones.*

En el momento en que las mujeres empiezan a participar en la elaboración del mundo, ese mundo es todavía un mundo que pertenece a los hombres: ellos no lo dudan, ellas lo dudan apenas. *Negarse a ser lo Otro, rehusar la complicidad con el hombre, sería para ellas renunciar a todas las ventajas que puede procurarles la alianza con la casta superior.* El hombre soberano protegerá materialmente a la mujer-ligia y se encargará de justificar su existencia: junto con el riesgo económico evita ella el riesgo metafísico de una libertad que debe inventar sus fines sin ayuda. En efecto, al lado de la pretensión de todo individuo de afirmarse como sujeto, que es una pretensión ética, también hay en él la tentación de huir de su libertad para constituirse en cosa; es ese un camino nefasto, en cuanto que pasivo, alienado y perdido; resulta entonces presa de voluntades extrañas, cercenado de su trascendencia, frustrado de todo valor. Pero es un camino fácil: así se evitan la angustia y la tensión de una existencia auténticamente asumida. (...)

Y he aquí que surge inmediatamente esta pregunta: *¿cómo ha empezado toda esa historia?* Se comprende que la dualidad de los sexos, como toda dualidad, se haya manifestado mediante un conflicto. Y se comprende que si uno de los dos logra imponer su superioridad, esta se establezca como absoluta. Pero queda por explicar que fuera el hombre quien ganase desde el principio. Pudiera haber ocurrido que las mujeres obtuviesen la victoria, o que jamás se hubiera resuelto la contienda. ¿De dónde proviene que este mundo siempre haya pertenecido a los hombres y que solamente hoy empiecen a cambiar las cosas? Y este cambio ¿es un bien? ¿Traerá o no traerá un reparto equitativo del mundo entre hombres y mujeres?

(...)

«Todo cuanto sobre las mujeres han escrito los hombres debe tenerse por sospechoso, puesto que son juez y parte a la vez», dijo en el siglo XVII Poulain de la Barre, feminista poco conocido. Por doquier, en todo tiempo, el varón ha ostentado la satisfacción que le producía sentirse rey de la Creación. «Bendito sea Dios nuestro Señor y Señor de todos los mundos, por no haberme hecho mujer», dicen los judíos en sus oraciones matinales; mientras sus esposas murmuran con

resignación: «Bendito sea el Señor, que me ha creado según su voluntad». Entre los beneficios que Platón agradecía a los dioses, el primero era que le hubiesen creado libre y no esclavo, y el segundo, hombre y no mujer. Pero los varones no habrían podido gozar plenamente de ese privilegio si no lo hubiesen considerado fundado en lo absoluto y en la eternidad: del hecho de su supremacía han procurado derivar un derecho. «Siendo hombres quienes han hecho y compilado las leyes, han favorecido a su sexo, y los jurisconsultos han convertido las leyes en principios», añade Poulain de la Barre. *Legisladores, sacerdotes, filósofos, escritores y eruditos, todos ellos se han empeñado en demostrar que la condición subordinada de la mujer era voluntad del Cielo y provechosa para la Tierra.* Las religiones inventadas por los hombres reflejan esa voluntad de dominación: han sacado armas de las leyendas de Eva, de Pandora; han puesto la filosofía y la teología a su servicio.

(...)

Una de las consecuencias de la Revolución Industrial fue la participación de la mujer en el trabajo productor: en ese momento las reivindicaciones feministas se salen del dominio teórico, encuentran bases económicas; sus adversarios se vuelven más agresivos, (...) reclaman a la mujer en el hogar tanto más ásperamente cuanto su emancipación se vuelve una verdadera amenaza; en el seno mismo de la clase obrera, los hombres intentaron frenar esa liberación, puesto que las mujeres se les presentaban como peligrosas competidoras, tanto más cuanto que estaban habituadas a trabajar por bajos salarios.

Para demostrar la inferioridad de la mujer, los antifeministas apelaron entonces, no solo a la religión, la filosofía y la teología, como antes, sino también a la ciencia: biología, psicología experimental, etc. (...) Ya se trate de una raza, de una casta, de una clase, de un sexo, reducidos a una situación de inferioridad, los procesos de justificación son los mismos. (...) Conocida es la ocurrencia de Bernard Shaw: «El norteamericano blanco -dice en sustancia- relega al negro a la condición de limpiabotas, y de ello deduce que solo sirve para limpiar las botas.» Se tropieza con este círculo vicioso en todas las circunstancias análogas: *cuando un individuo o grupo de individuos es mantenido en situación de inferioridad, el hecho es que es inferior*: el problema consiste en saber si semejante estado de cosas debe perpetuarse.

(...) En el Hebdo-Latin, un estudiante declaraba el otro día: «Toda estudiante que logra el título de médica o abogada nos roba un puesto de trabajo». Este joven no pone en duda sus derechos sobre este mundo. No son exclusivamente los intereses económicos los que intervienen en el asunto. Uno de los beneficios que la opresión asegura a los opresores es que el más humilde de ellos se siente superior: un «pobre blanco» del sur de Estados Unidos tiene el consuelo de decirse que no es un «sucio negro», y los blancos más afortunados explotan hábilmente ese orgullo. De igual modo, el más mediocre de los varones se considera un semidiós ante las mujeres. (...)

La perspectiva que adoptamos es la de la moral existencialista. Todo sujeto se plantea concretamente a través de proyectos, como una trascendencia; no alcanza su libertad sino por medio de su perpetuo avance hacia otras libertades; no hay otra justificación de la existencia presente que su expansión hacia un porvenir infinitamente abierto. (...) Ahora bien, lo que define de una manera singular la situación de la mujer es que, siendo como todo ser humano una libertad autónoma, se descubre y se elige en un mundo donde los hombres le imponen que se asuma como lo Otro. ¿Cómo puede realizarse un ser humano en la situación de la mujer? ¿Qué caminos le están abiertos? ¿Cuáles desembocan en callejones sin salida? ¿Cómo encontrar la independencia en el seno de la dependencia? ¿Qué circunstancias limitan la libertad de la mujer? ¿Puede esta superarlas? He aquí las cuestiones fundamentales que deseáramos dilucidar. Es decir, que, interesándonos por las oportunidades del individuo, no definiremos tales oportunidades en términos de felicidad, sino en términos de libertad.

### **Libro Primero: Los hechos y los mitos**

#### **PARTE SEGUNDA: HISTORIA**

Este mundo siempre ha pertenecido a los varones, pero ninguna de las razones propuestas para explicar el fenómeno nos ha parecido suficiente. Volviendo a tomar a la luz de la filosofía existencial los datos de la Prehistoria y de la etnografía, es como podremos comprender de qué modo se ha establecido la jerarquía de los sexos. Ya hemos planteado que, cuando se hallan en presencia dos categorías humanas, cada una quiere imponer a la otra su soberanía; si las dos se empeñan en sostener esa reivindicación, se crea entre ellas, ora en la hostilidad, ora en la amistad, pero siempre en la tensión, una relación de reciprocidad; si una de las dos es privilegiada, se impone a la otra y se dedica a mantenerla en la opresión. Se comprende, pues, que el hombre haya tenido la voluntad de dominar a la mujer; pero ¿qué privilegio le ha permitido realizar esa voluntad? Los informes que aportan los etnógrafos sobre las formas primitivas de la sociedad humana son terriblemente contradictorios, y tanto más cuanto mejor informados estén y menos sistemáticos sean. Resulta singularmente difícil formarse una idea de la situación de la mujer en el período que precedió al de la agricultura. Ni siquiera se sabe si, en condiciones de existencia tan diferentes de las de hoy, la musculatura de la mujer y su aparato respiratorio no estarían tan desarrollados como en el hombre. Le estaban confiados duros trabajos, y en particular era ella quien transportaba los fardos (...). A pesar de todo, es verosímil que entonces como ahora los hombres tuviesen el privilegio de la fuerza física; en la era de la clava y de las fieras, en la era en que las resistencias de la Naturaleza se hallaban en su apogeo y los útiles eran los más rudimentarios, semejante superioridad debió de tener extremada importancia. En todo caso, y por robustas que fuesen entonces las mujeres, en la lucha contra un mundo hostil las servidumbres de la reproducción representarían para ellas una terrible desventaja. (...)

He ahí un primer hecho preñado de consecuencias: los comienzos de la especie humana han sido difíciles; los pueblos recolectores, cazadores y pescadores no arrancaban del suelo más que míseras riquezas, y a costa de un duro esfuerzo; nacían demasiados niños con respecto a los recursos de la colectividad; la absurda fecundidad de la mujer le impedía participar activamente en el acrecentamiento de tales recursos, en tanto que creaba indefinidamente nuevas necesidades. Necesaria para la perpetuación de la especie, la perpetuaba con excesiva abundancia, y era el hombre quien aseguraba el equilibrio entre la reproducción y la producción. (...) ¿Por qué la mujer no ha logrado hacer de la maternidad un pedestal? (...) La razón de ello radica en que la Humanidad no es una simple especie natural: no trata de mantenerse en tanto que especie; su proyecto no es el estancamiento: a lo que tiende es a superarse.

Las hordas primitivas apenas se interesaban por su posteridad. No estando afincadas en un territorio, no poseyendo nada, no encarnándose en ninguna cosa estable, no podían formarse ninguna idea concreta de la permanencia; no tenían la preocupación de sobrevivir y no se reconocían en su descendencia; no temían a la muerte y no reclamaban herederos; los niños constituían para ellas una carga y no una riqueza. (...). Así, pues, la mujer que engendraba no conocía el orgullo de la creación; se sentía juguete de oscuras fuerzas pasivas, y el parto doloroso era un accidente inútil y hasta inoportuno. Más tarde, se dio mayor valor al niño. Pero, de todas formas, engendrar, amamantar, no constituyen actividades, son funciones naturales; ningún proyecto les afecta; por eso la mujer no encuentra en ello el motivo de una altiva afirmación de su existencia; sufre pasivamente su destino biológico. Las faenas domésticas a que está dedicada, puesto que son las únicas conciliables con las cargas de la maternidad, la confinan en la repetición y la inmanencia; son faenas que se reproducen día tras día, bajo una forma idéntica que se perpetúa casi sin cambios siglo tras siglo; no producen nada nuevo.

El caso del hombre es radicalmente diferente: no alimenta a la colectividad a la manera de las abejas obreras mediante un simple proceso vital, sino a través de actos que trascienden su condición animal. No se limita a transportar al hogar los peces capturados en el seno del mar: primero es preciso que conquiste el dominio de las aguas construyendo piraguas; para apropiarse las riquezas del mundo, se anexiona el mundo mismo. En esa acción experimenta su poder; se plantea fines, proyecta caminos hacia ellos: se realiza como existente. Para mantener, crea; desborda el presente, abre el futuro. Por eso las expediciones de caza y pesca tienen un carácter sagrado. Se celebran sus éxitos con fiestas y triunfos; el hombre reconoce en ello su humanidad. Ese orgullo aún lo manifiesta hoy cuando ha construido una presa, un rascacielos, una pila atómica. No solo ha trabajado para conservar el mundo dado: ha hecho estallar las fronteras de este, ha echado los cimientos de un nuevo porvenir.

Su actividad tiene otra dimensión que le da su dignidad suprema: es frecuentemente peligrosa. (...) Para aumentar el prestigio de la horda, del clan a que pertenece, el guerrero pone en juego su propia existencia. Y con ello deja bien patente que no es la vida lo que para el hombre tiene un valor supremo, sino que debe servir a fines más importantes que ella misma. La peor maldición que pesa sobre la mujer es hallarse excluida de esas expediciones guerreras; no es dando la vida, sino arriesgando la propia, como el hombre se eleva sobre el animal; por ello en la Humanidad se acuerda la superioridad, no al sexo que engendra, sino al que mata.

Tenemos aquí la clave de todo el misterio. Al nivel de la biología, solamente creándose de nuevo se mantiene una especie; pero esta creación no es más que una repetición de la misma Vida bajo formas diferentes. Al trascender la Vida por la Existencia es como el hombre asegura la repetición de la Vida: en virtud de esa superación, crea valores que niegan todo valor a la pura repetición. En el caso del animal, la gratuidad y la variedad de las actividades del macho son vanas porque no las informa ningún proyecto; cuando no sirve a la especie, lo que hace no es nada; en cambio, al servir a la especie, el macho humano modela la faz del mundo, crea instrumentos nuevos, inventa, forja el porvenir. Al erigirse en soberano, encuentra la complicidad de la mujer, porque también ella es una existente, está habitada por la trascendencia y su proyecto no es la repetición, sino su superación hacia otro porvenir; la mujer encuentra en lo más íntimo de su ser la confirmación de las pretensiones masculinas.(...)

Las instituciones y el derecho aparecen cuando los nómadas se fijan en el suelo y se hacen agricultores. El hombre ya no se limita a debatirse duramente contra fuerzas hostiles; empieza a expresarse concretamente a través de la figura que impone al mundo, a pensar en ese mundo y a pensar en sí mismo; en ese momento, la diferenciación sexual se refleja en la estructura de la colectividad. (...)

Decir que la mujer era lo Otro equivale a decir que no existía entre los sexos una relación de reciprocidad: Tierra, Madre o Diosa, no era para el hombre una semejante; donde su poder se afirmaba era más allá del reino humano: así, pues, estaba fuera de ese reino. La sociedad siempre ha sido masculina; el poder político siempre ha estado en manos de los hombres. «La autoridad pública o simplemente social pertenece siempre a los hombres», afirma Lévi-Strauss al final de su estudio sobre las sociedades primitivas.

El semejante, el otro, que es también el mismo, con el cual se establecen relaciones de reciprocidad, es siempre, para el varón, un individuo varón. La dualidad que se descubre bajo una forma u otra en el corazón de las colectividades opone un grupo de hombres a otro grupo de hombres: pero las mujeres forman parte de los bienes que estos poseen y que entre ellos constituyen un instrumento de cambio. El error proviene de que se han confundido dos figuras de la alteridad que se excluyen rigurosamente. En la medida en que la mujer es considerada como lo Otro absoluto, es decir -cualquiera que sea su magia- como lo inesencial, resulta imposible considerarla como otro sujeto. De modo que las mujeres no han constituido jamás un grupo separado que se situase por sí frente al grupo masculino; nunca han tenido una relación directa y autónoma

con los hombres. «El lazo de reciprocidad que funda el matrimonio no se establece entre hombres y mujeres, sino entre hombres por medio de mujeres que solo son la principal ocasión del mismo», dice Lévi-Strauss. (...)

Destronada por el advenimiento de la propiedad privada, es a la propiedad privada a la que está ligada la suerte de la mujer en el curso de los siglos: su historia se confunde en gran parte con la historia de la herencia. (...) De modo que el hombre no aceptará compartir con la mujer ni sus bienes ni sus hijos. No logrará imponer sus pretensiones totalmente ni para siempre. Pero, tan pronto como el patriarcado se ha hecho potente, arrebató a la mujer todos sus derechos sobre la tenencia y transmisión de bienes.

(...)

La ideología cristiana ha contribuido no poco a la opresión de la mujer. Sin duda hay en el Evangelio un soplo de caridad que se extiende tanto a las mujeres como a los leprosos; son las gentes humildes, los esclavos y las mujeres quienes más apasionadamente se adhieren a la nueva ley. En los primeros tiempos del cristianismo, a las mujeres, cuando se sometían al yugo de la Iglesia, se las honraba relativamente; daban testimonio de mártires al lado de los hombres; sin embargo, no podían participar en el culto sino a título secundario; las «diaconesas» solo estaban autorizadas para desempeñar tareas laicas: cuidados a los enfermos, socorros a los indigentes. Y si el matrimonio es considerado como una institución que exige recíproca fidelidad, parece evidente que la esposa estará totalmente subordinada en el mismo al esposo. (...) San Pablo ordena a las mujeres recogimiento y discreción; fundamenta en el Antiguo y en el Nuevo Testamento el principio de la subordinación de la mujer al hombre. «Porque el varón no es de la mujer, sino la mujer del varón; y porque tampoco el varón fue criado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón.» Y en otro lugar: «Así como la Iglesia está sometida a Cristo, así sea sumisa en todas las cosas la mujer al marido.» En una religión donde la carne es maldita, la mujer aparece como la más temible tentación del demonio. Tertuliano escribe: «Mujer, eras la puerta del diablo. Has persuadido a aquel a quien el diablo no osaba atacar de frente. Por tu culpa ha debido morir el Hijo de Dios; deberías ir siempre vestida de luto y harapos.» San Ambrosio: «Adán fue inducido al pecado por Eva, y no Eva por Adán. Aquel a quien la mujer ha inducido al pecado, justo es que sea recibido por ella como soberano.» Y San Juan Crisóstomo: «Entre todas las bestias salvajes, no hay ninguna más dañina que la mujer.»

(...)

Cuando, al salir de las convulsiones de la alta Edad Media, se organiza el feudalismo, la condición de la mujer aparece muy incierta. En primer lugar, se le niegan todos los derechos privados, porque no tiene ninguna capacidad política. En efecto, hasta el siglo XI, el orden se funda exclusivamente en la fuerza, y la propiedad, en el poder de las armas. Un feudo, dicen los juristas, es «una tierra que se tiene con cargo de servicio militar»; la mujer no podría detentar el dominio feudal, porque es incapaz de defenderlo. (...)

El estatuto legal de la mujer ha permanecido más o menos inmutable desde comienzos del siglo XV hasta el XIX; pero, en las clases privilegiadas, su situación concreta evoluciona. El Renacimiento italiano es una época de individualismo que se muestra propicio a la eclosión de todas las personalidades fuertes, sin distinción de sexos. (...) En cuanto a las realizaciones positivas, todavía no le son posibles más que a un número muy reducido. (...) Pero de hecho tales oportunidades siguen siendo muy desiguales; en el siglo XVI las mujeres son todavía poco instruidas. (...) En el siglo XVIII, la libertad y la independencia de la mujer aumentan aún más. Las costumbres siguen siendo en principio severas: la joven no recibe más que una educación somera; se la casa o se la mete en un convento sin consultarla. La burguesía, clase en ascenso y cuya existencia se consolida, impone a la esposa una moral rigurosa. Pero, a modo de desquite, la descomposición de la nobleza permite a las mujeres de mundo las más grandes licencias (...). Una vez más, para la mayoría, esa libertad sigue siendo negativa y abstracta. (...)

El feminista más decidido de la época es Poulain de la Barre, que publica en 1673 una obra de inspiración cartesiana, *De l'égalité des deux sexes*. Estima que, siendo los hombres más fuertes, han favorecido a su sexo por doquier, y que las mujeres aceptan por costumbre esta dependencia. Jamás han tenido su oportunidad; han carecido de libertad y de instrucción. Así, pues, no sería justo juzgarlas de acuerdo con lo que han hecho en el pasado. Nada indica que sean inferiores al hombre. La anatomía revela diferencias, pero ninguna de ellas constituye un privilegio para el varón. Y Poulain de la Barre concluye exigiendo una sólida instrucción para las mujeres. (...)

El siglo XVIII también se muestra dividido. (...) Rousseau, que se hace aquí intérprete de la burguesía, consagra la mujer a su marido y a la maternidad. «Toda la educación de la mujer debe ser relativa al hombre... La mujer está hecha para ceder al hombre y para soportar sus injusticias», afirma. Sin embargo, el ideal democrático e individualista del siglo XVIII es favorable a las mujeres, que para la mayoría de los filósofos son seres humanos iguales a los del sexo fuerte. Voltaire denuncia la injusticia de su suerte. Diderot considera que su inferioridad ha sido en gran parte hecha por la sociedad. «¡Mujeres, os compadezco!», escribe. Considera que: «En todas las costumbres, la crueldad de las leyes civiles se ha concitado con la crueldad de la Naturaleza contra las mujeres, que han sido tratadas como seres imbéciles.»

(...)

Hubiera cabido esperar que la Revolución cambiase la suerte de la mujer. Pero no fue así. Esa revolución burguesa se mostró respetuosa con las instituciones y los valores burgueses, y fue hecha casi exclusivamente por los hombres. (...) Hubo algunos movimientos feministas. Olympe de Gouges propuso, en 1789, una «Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana» simétrica a la «Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano», en la cual pedía que fuesen abolidos todos los privilegios masculinos. (...) Pero, a pesar del apoyo de Condorcet, tales esfuerzos abortan, y Olympe

perece en el cadalso. Junto al periódico *L'Impatient* fundado por ella, aparecen otras hojas, pero su duración es efímera. Cuando el 28 de brumario de 1793 la actriz Rose Lacombe, presidente de la Sociedad de Mujeres Republicanas y Revolucionarias, acompañada por una diputación de mujeres, fuerza la entrada en el Consejo general, el procurador Chaumette hace resonar en la asamblea palabras que parecen inspiradas en San Pablo y Santo Tomás:

«¿Desde cuándo está permitido a las mujeres abjurar de su sexo y convertirse en hombres?... [La Naturaleza] ha dicho a la mujer: "Sé mujer. Los cuidados de la infancia, los detalles domésticos, las diversas inquietudes de la maternidad: he ahí tus labores".» Se les prohíbe la entrada en el Consejo e incluso en los clubs donde ellas hacían su aprendizaje político.

(...)

Durante todo el siglo XIX, la jurisprudencia no hace más que reforzar los rigores del código, privando a la mujer, entre otros, de todo derecho de enajenación. En 1826, la Restauración abolió el divorcio; la Asamblea constituyente de 1848 se negó a restablecerlo, y no reapareció hasta 1884; todavía es muy difícil de obtener. Esto se debe a que la burguesía nunca ha sido tan poderosa, y, sin embargo, comprende las amenazas que implica la Revolución Industrial; por eso se afirma con inquieta autoridad. La libertad de espíritu heredada del siglo XVIII no lesiona la moral familiar, que sigue siendo igual que la que se definía en los comienzos del siglo XIX. (...) De manera un poco diferente, Auguste Comte reclama también la jerarquía de los sexos; existen entre ellos «diferencias radicales, físicas y morales a la vez, que en todas las especies animales, y sobre todo en la raza humana, los separan profundamente». La femineidad es una especie de «infancia continua» que aleja a la mujer del «tipo ideal de la raza». Ese infantilismo biológico se traduce en una debilidad intelectual; el papel de ese ser puramente afectivo es el de esposa y ama de casa; no podría competir con el hombre: «ni la dirección ni la educación le convienen» (...)

En los comienzos del siglo XIX, la mujer era más vergonzosamente explotada que los trabajadores del sexo contrario. El trabajo a domicilio constituía lo que los ingleses llaman el *sweating system* (trabajo a destajo abusivo); a despecho de una labor continua, la obrera no ganaba lo suficiente para subvenir a sus necesidades. (...) Cuenta Marx en una nota de El capital: «El fabricante M. E. me hizo saber que en sus telares mecánicos solamente empleaba mujeres, y que daba preferencia a las casadas, y, entre estas, a las que tenían en casa una familia que mantener, porque ponían mucha más atención y mostraban más docilidad que las solteras, ya que tenían que trabajar hasta el agotamiento de sus fuerzas para procurar a los suyos los medios de subsistencia indispensables». (...) En Francia, según la encuesta llevada a cabo en 1889-1893, por una jornada de trabajo igual a la del hombre, la obrera no percibía más que la mitad del salario masculino.

(...)

Si echamos una ojeada de conjunto a esta historia, vemos que de ella se desprenden varias conclusiones. Y, en primer lugar, la siguiente: toda la historia de las mujeres la han hecho los hombres. Al igual que en Norteamérica "no hay problema negro, sino un problema blanco" (Myrdall), y que «el antisemitismo no es un problema judío, sino nuestro problema» (Sartre), así también el problema de la mujer siempre ha sido un problema de hombres. Ya se ha visto por qué causas han tenido ellos, al principio, junto con la fuerza física, el prestigio moral; ellos han creado los valores, las costumbres, las religiones, y jamás las mujeres les han disputado ese imperio. (...) Siempre han sido ellos quienes han tenido en sus manos la suerte de la mujer, y nunca han decidido en función de su interés, sino que siempre han tenido en cuenta sus propios proyectos, sus temores y sus necesidades. Cuando han reverenciado a la diosa-madre ha sido porque la Naturaleza los atemorizaba; tan pronto como el útil de bronce les ha permitido afirmarse frente a ella, han instituido el patriarcado; el estatuto de la mujer lo define entonces el conflicto entre la familia y el Estado; la actitud del cristiano ante Dios, el mundo y su propia carne es lo que se refleja en la condición que le ha asignado. (...)

Los antifeministas extraen del examen de la Historia dos argumentos contradictorios: 1.º Las mujeres nunca han creado nada grande. 2.º La situación de la mujer no ha impedido nunca la floración de grandes personalidades femeninas. Hay mala fe en tales afirmaciones; los éxitos de algunas privilegiadas no compensan ni excusan el rebajamiento sistemático del nivel colectivo; y el que esos éxitos sean raros y limitados prueba precisamente que las circunstancias les son desfavorables. Como han sostenido Christine de Pisan, Poulain de la Barre, Condorcet, Stuart Mill y Stendhal, en ningún dominio ha tenido nunca la mujer su oportunidad. Por eso hoy gran número de ellas reclaman un nuevo estatuto; y una vez más su reivindicación no consiste en ser exaltadas en su femineidad: quieren que en ellas mismas, como en el conjunto de la Humanidad, la trascendencia se imponga a la inmanencia; quieren que, por fin, se les concedan los derechos abstractos y las posibilidades concretas sin cuya conjugación la libertad no es más que un engaño.

## **Libro Segundo: La experiencia vivida**

### **PRIMERA PARTE: FORMACIÓN**

#### **INTRODUCCIÓN**

Las mujeres de hoy están a punto de destronar el mito de la femineidad; empiezan a afirmar concretamente su independencia; pero no sin grandes esfuerzos consiguen vivir íntegramente su condición de seres humanos. Educadas por mujeres en el seno de un mundo femenino, su destino normal es el matrimonio, que las subordina todavía prácticamente al hombre; el prestigio viril está muy lejos de haberse borrado: todavía descansa sobre sólidas bases económicas y sociales. Por consiguiente, es necesario estudiar cuidadosamente el destino tradicional de la mujer. Cómo hace la mujer el aprendizaje de su condición, cómo la experimenta, en qué universo se encuentra encerrada, qué evasiones le están permitidas: he ahí lo que intentaré describir. Solamente entonces podremos comprender cuáles son los problemas que se les plantean a las mujeres,

que, herederas de un duro pasado, se esfuerzan por forjar un nuevo porvenir. Cuando empleo las palabras «mujer» o «femenino» no me refiero, evidentemente, a ningún arquetipo, a ninguna esencia inmutable; detrás de la mayoría de mis afirmaciones es preciso sobreentender «en el estado actual de la educación y las costumbres». No se trata aquí de enunciar verdades eternas, sino de describir el fondo común sobre el cual se alza toda existencia femenina singular.

### **CAPÍTULO PRIMERO: INFANCIA**

*No se nace mujer: se llega a serlo.* Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica de femenino. Únicamente la mediación de otro puede constituir a un individuo como un Otro. (...)

Entre las chicas y los chicos, el cuerpo es al principio la irradiación de una subjetividad, el instrumento que efectúa la comprensión del mundo: a través de los ojos, de las manos, y no de las partes sexuales, ellos aprehenden el Universo. El drama del nacimiento, el del destete, se desarrollan de la misma manera para los bebés de ambos sexos; tienen los mismos intereses y los mismos goces (...). Hasta los doce años, la niña es tan robusta como sus hermanos y manifiesta la misma capacidad intelectual; no existe ninguna esfera en donde le esté prohibido rivalizar con ellos. Si, mucho antes de la pubertad, y a veces incluso desde su más tierna infancia, se nos presenta ya como sexualmente especificada, no es porque misteriosos instintos la destinen inmediatamente a la pasividad, la coquetería y la maternidad, sino porque la intervención de otro en la vida del niño es casi original y porque, desde sus primeros años, su vocación le ha sido imperiosamente insuflada. (...)

Así, pues, la pasividad que caracteriza esencialmente a la mujer «femenina» es un rasgo que se desarrolla en ella desde los primeros años. Pero es falso pretender que se trata de una circunstancia biológica; en realidad, se trata de un destino que le ha sido impuesto por sus educadores y por la sociedad. La inmensa suerte del niño consiste en que su manera de existir para otro le anima a plantearse para sí mismo. Efectúa el aprendizaje de su existencia como un libre movimiento hacia el mundo; rivaliza en dureza e independencia con los otros niños, y desprecia a las niñas. Trepano a los árboles, zurrándose con sus camaradas, compitiendo con ellos en juegos violentos, toma su cuerpo como un medio para dominar a la Naturaleza y como instrumento de combate; se enorgullece tanto de sus músculos como de su sexo; a través de juegos, deportes, luchas, desafíos y pruebas, halla un empleo equilibrado de sus fuerzas (...). Emprende, inventa, osa. Por el contrario, en la mujer hay un conflicto, al principio, entre su existencia autónoma y su «ser-otro»; se le enseña que, para agradar, hay que tratar de agradar, hay que hacerse objeto, y, por consiguiente, tiene que renunciar a su autonomía. Se la trata como a una muñeca viviente y se le rehúsa la libertad; así se forma un círculo vicioso; porque, cuanto menos ejerza su libertad para comprender, captar y descubrir el mundo que la rodea, menos recursos hallará en sí misma, menos se atreverá a afirmarse como sujeto; si la animasen a ello, podría manifestar la misma exuberancia viva, la misma curiosidad, el mismo espíritu de iniciativa, la misma audacia que un muchacho.

### **CAPÍTULO SEGUNDO: LA JOVEN**

Una vez púber, el porvenir no solo se acerca, sino que se instala en su cuerpo, se transforma en la más concreta realidad. Conserva el carácter fatal que siempre ha tenido; mientras el adolescente se encamina activamente hacia la edad adulta, la joven acecha la apertura de ese período nuevo, imprevisible, cuya trama ya está urdida y hacia la cual la arrastra el tiempo. Desprendida ya de su pasado de niña, el presente solo se le aparece como una transición; no descubre ningún fin válido, sino únicamente ocupaciones. De manera más o menos disfrazada, su juventud se consume en la espera. Ella espera al Hombre.

Ciertamente, el adolescente también sueña con la mujer, la desea; pero ella no será jamás sino un elemento de su existencia: no resume su destino; desde su infancia, la niña, ora desease realizarse como mujer, ora quisiera superar los límites de su feminidad, ha esperado del varón realización y evasión; tiene este el rostro deslumbrador de Perseo, de San Jorge; es un libertador; es también rico y poderoso, tiene las llaves de la dicha, es el Príncipe Azul. Este prestigio de los varones no es un pueril espejismo; tiene bases económicas y sociales; los hombres son los dueños del mundo sin discusión; todo se inclina a hacer que la adolescente centre su interés en hacerse vasalla; sus padres la comprometen a ello; el padre se muestra orgulloso de los éxitos conseguidos por su hija, la madre ve en ellos la promesa de un próspero porvenir; las compañeras envidian y admiran a aquella que recoge el mayor número de homenajes masculinos. El matrimonio no solo es una carrera honorable y menos fatigosa que otras muchas, sino que únicamente él permite a la mujer acceder a su dignidad social íntegra y realizarse sexualmente como amante y como madre. Bajo esta figura es como su entorno encara su porvenir y ella misma así lo encara. Se admite unánimemente que la conquista de un marido es para ella la más importante de las empresas. En el hombre se encarna a sus ojos el Otro, así como para el hombre él se encarna en ella: pero ese Otro se le aparece al modo de lo esencial y ella se tiene ante él como lo inesencial. Se liberará ella del hogar paterno, de la influencia materna y se abrirá al porvenir no mediante una conquista activa, sino entregándose pasiva y dócil en manos de un nuevo amo. (...)

Aparece también ese complejo de inferioridad que va a pesar sobre sus realizaciones intelectuales. Se ha observado con frecuencia que, a partir de la pubertad, la joven pierde terreno en las esferas intelectuales y artísticas. Muchas razones lo explican. Una de las más frecuentes es que la adolescente no halla a su alrededor los estímulos que se conceden a sus

hermanos; sino, muy al contrario, se quiere que sea también una mujer, y necesita acumular las cargas de su trabajo profesional a las que implica su feminidad.

Las faenas domésticas o las servidumbres mundanas que la madre no vacila en imponer a la estudiante, a la aprendiz, terminan por agotarla. Durante la guerra, he visto alumnas a quienes yo preparaba en Sèvres, abrumadas por las tareas familiares que se acumulaban a su labor escolar. La madre -ya se verá- es sordamente hostil a la manumisión de su hija y, más o menos deliberadamente, se dedica a vejarla; se respeta el esfuerzo que realiza el adolescente para convertirse en hombre, y ya se le reconoce una gran libertad. De la muchacha se exige que permanezca en casa, se vigilan sus salidas: no se la estimula en modo alguno para que tome en sus manos sus propias distracciones y placeres. Es raro ver a las mujeres organizar por sí solas una excursión, un paseo a pie o en bicicleta, o entregarse a un juego como el del billar, los bolos, etc. Además de la falta de iniciativa que proviene de su educación, las costumbres les hacen difícil la independencia. Si vagabundean por las calles, las miran, las abordan. Conozco muchachas que, sin ser tímidas en absoluto, no experimentan ningún placer en pasear solas por París, ya que, continuamente importunadas, necesitan estar siempre en guardia; y, en tales condiciones, todo placer desaparece. Si las chicas estudiantes recorren las calles en alegres bandadas, como hacen los estudiantes, dan un espectáculo; caminar a grandes pasos, cantar, hablar a gritos, reír a carcajadas, comerse una manzana, son otras tantas provocaciones, y se harán insultar o seguir o abordar. La despreocupación se convierte inmediatamente en falta de compostura; ese control de sí misma al que está obligada la mujer y que en «la joven bien educada» se transforma en una segunda naturaleza, mata la espontaneidad; la exuberancia viva es cohibida. Ello produce tensión y tedio.

(...)

La civilización patriarcal ha destinado la mujer a la castidad; se reconoce más o menos abiertamente el derecho del hombre a satisfacer sus deseos sexuales, en tanto que la mujer está confinada en el matrimonio: para ella, el acto carnal, si no está santificado por el código, por el sacramento, es una falta, una caída, una derrota, una flaqueza; tiene que defender su virtud, su honor; si «cede», si «cae», provoca el desprecio; en cambio, la misma censura que se dirige contra su vencedor está teñida de admiración. Desde las civilizaciones primitivas hasta nuestros días, siempre se ha admitido que el lecho era para la mujer un «servicio» que el hombre agradece con regalos o asegurándole la subsistencia: pero servir es darse un amo; en esa relación no hay ninguna reciprocidad. (...)

## **SEGUNDA PARTE: SITUACIÓN**

### **CAPÍTULO PRIMERO: LA MUJER CASADA**

El destino que la sociedad propone tradicionalmente a la mujer es el matrimonio. La mayor parte de las mujeres, todavía hoy, están casadas, lo han estado, se disponen a estarlo o sufren por no estarlo. La soltera se define con relación al matrimonio, ya sea una mujer frustrada, sublevada o incluso indiferente con respecto a esa institución. Así, pues, tendremos que proseguir este estudio mediante el análisis del matrimonio.

La evolución económica de la condición femenina está en camino de trastornar la institución del matrimonio, que se convierte en una unión libremente consentida entre dos individualidades autónomas; los compromisos de los cónyuges son personales y recíprocos; el adulterio es para ambas partes una denuncia del contrato; el divorcio puede ser obtenido por una y otra parte en las mismas condiciones. La mujer ya no está acantonada en su función reproductora: esta ha perdido en gran parte su carácter de servidumbre natural y se presenta como una carga voluntariamente asumida. (...) Sin embargo, la época que vivimos es todavía, desde el punto de vista feminista, un período de transición. Solamente una parte de las mujeres participa en la producción, y aun esas pertenecen a una sociedad en la que perviven antiguas estructuras, antiguos valores. El matrimonio moderno no puede comprenderse más que a la luz del pasado que perpetúa.

El matrimonio siempre se ha presentado de manera radicalmente diferente para el hombre y para la mujer. Los dos sexos son necesarios el uno para el otro, pero esa necesidad jamás ha engendrado reciprocidad entre ellos; nunca han constituido las mujeres una casta que estableciese intercambios y contratos con la casta masculina sobre un pie de igualdad. Socialmente, el hombre es un individuo autónomo y completo; ante todo, es considerado como productor, y su existencia está justificada por el trabajo que proporciona a la colectividad; ya se ha visto por qué razones el papel reproductor y doméstico en el cual se halla encerrada la mujer no le ha garantizado una dignidad igual. Es cierto que el hombre la necesita; (...) el individuo desea una vida sexual estable, anhela una posteridad, y la sociedad le exige que contribuya a perpetuarla. Pero no es a la mujer misma a quien el hombre hace un llamamiento: es la sociedad de los hombres la que permite a cada uno de sus miembros que se realice como esposo y como padre; integrada en tanto que esclava o vasalla a los grupos familiares que dominan padres y hermanos, la mujer siempre ha sido dada en matrimonio a unos hombres por otros hombres. Primitivamente, el clan, la *gens* paterna, disponen de ella como si fuese poco menos que una cosa: forma parte de las prestaciones que dos grupos se consienten mutuamente; su condición no ha sido profundamente modificada cuando el matrimonio ha revestido, en el curso de su evolución, una forma contractual; dotada o percibiendo su parte de herencia, la mujer aparece como una persona civil: pero dote y herencia la someten aún a su familia; durante mucho tiempo, los contratos fueron firmados entre el suegro y el yerno, no entre marido y mujer; únicamente la viuda gozaba entonces de autonomía económica. La libertad de elección de la joven ha sido siempre muy restringida; y el celibato -salvo en los casos excepcionales en que reviste un carácter sagrado- la rebaja a la condición de parásito y de paria; el matrimonio es su único medio de ganarse la vida y la exclusiva justificación social de su existencia. (...)

Así, pues, la joven aparece como absolutamente pasiva; sus padres la casan, la dan en matrimonio. Los muchachos se casan, toman a la mujer. Buscan en el matrimonio una expansión, una confirmación de su existencia, pero no el derecho mismo de existir; es una carga que asumen libremente. (...) La mujer, al casarse, recibe como feudo una parcela del mundo; garantías legales la defienden contra los caprichos del hombre; pero se convierte en su vasalla. El jefe de la comunidad, económicamente, es él, y, por tanto, él es quien la encarna a los ojos de la sociedad. En Francia, ella toma el nombre del marido, es asociada a su culto, integrada en su clase, en su medio; pertenece a la familia de él, se convierte en su «mitad». Le sigue allí adonde su trabajo le llama: precisamente, el domicilio conyugal estará en función del sitio donde él ejerza su profesión; más o menos brutalmente, rompe con su pasado y es anexionada al universo de su esposo; le entrega su persona: le debe su virginidad y una rigurosa fidelidad. (...)

En verdad, toda existencia humana es trascendencia e inmanencia a la vez; para superarse exige conservarse, para lanzarse hacia el porvenir necesita integrar el pasado y, sin dejar de comunicarse con otro, debe confirmarse en sí misma. Estos dos momentos están implícitos en todo movimiento vivo: al hombre, el matrimonio le permite precisamente la feliz síntesis de ambos; en su trabajo, en su vida política, conoce el cambio, el progreso, experimenta su dispersión a través del tiempo y el universo; y cuando está cansado de ese vagabundeo, funda un hogar, se fija en un lugar, se ancla en el mundo; por la noche, se recoge en la casa donde su mujer cuida de los muebles y de los niños, del pasado que ella almacena. Pero ella no tiene más tarea que mantener y conservar la vida en su pura e idéntica generalidad; ella perpetúa la especie inmutable, asegura el ritmo igual de las jornadas y la permanencia del hogar, cuyas puertas mantiene cerradas; no se le otorga ninguna influencia directa sobre el porvenir ni sobre el universo; no se supera hacia la colectividad sino por mediación del marido. (...)

El drama del matrimonio no radica en que no asegure a la mujer la felicidad que promete -no existe seguridad respecto a la dicha-, sino en que la mutila, la destina a la repetición y la rutina. Los veinte primeros años de la vida femenina son de una extraordinaria riqueza; la mujer atraviesa las experiencias de la menstruación, la sexualidad, el matrimonio y la maternidad; descubre entonces el mundo y su propio destino. A los veinte años, dueña de un hogar, ligada para siempre a un hombre, con un hijo en los brazos, he ahí que su vida ha terminado para siempre. Las verdaderas acciones, el verdadero trabajo, son patrimonio del hombre: ella solo tiene ocupaciones que son a veces atosigantes, pero que jamás la colman. (...)

Sería preciso que la pareja no se considerase como una comunidad, una célula cerrada, sino que el individuo, como tal, estuviese integrado en una sociedad en cuyo seno pudiera desarrollarse sin ayuda; entonces le sería permitido crear lazos de pura generosidad con otro individuo igualmente adaptado a la colectividad, lazos que estarían fundados en el conocimiento de dos libertades. Esa pareja equilibrada no es una utopía; existen tales parejas, a veces incluso en el mismo marco del matrimonio, pero con más frecuencia fuera del mismo (...). Multitud de matices son posibles en las relaciones entre un hombre y una mujer: en la camaradería, el placer, la confianza, la ternura, la complicidad, el amor, pueden ser el uno para el otro la más fecunda fuente de alegría, de riqueza y de fuerza que pueda ofrecérsele a un ser humano. No son los individuos los responsables del fracaso del matrimonio: es la institución misma la que está originariamente pervertida. (...)

La forma tradicional del matrimonio está en camino de modificarse: pero todavía constituye una opresión que afecta de manera diversa a ambos cónyuges. Considerando únicamente los derechos abstractos de que disfrutaban, hoy son casi iguales; se eligen más libremente que antes; pueden separarse con mucha mayor facilidad; hay entre los esposos menos diferencia de edad y de cultura que en otro tiempo; (...). Ella no se pasa los días esperando el regreso del marido: hace deporte, pertenece a asociaciones, a algún club; tiene ocupaciones fuera de casa; a veces incluso ejerce un pequeño oficio que le reporta algún dinero. Muchos matrimonios jóvenes dan la impresión de una perfecta igualdad. Pero, en tanto el hombre conserve la responsabilidad económica de la pareja, eso no es más que una ilusión. Es él quien fija el domicilio conyugal, de acuerdo con las exigencias de su trabajo: ella le sigue de provincias a París, de París a provincias, a las colonias, al extranjero; el nivel de vida se establece en consonancia con sus ingresos; el ritmo de los días, de las semanas, del año, se determina según sus ocupaciones; relaciones y amistades dependen casi siempre de su profesión. Al estar más positivamente integrado que su mujer en la sociedad, conserva la dirección del matrimonio en los dominios intelectual, político y moral.

## **CAPÍTULO II: LA MADRE**

En virtud de la maternidad es como la mujer cumple íntegramente su destino fisiológico, esa es su vocación «natural», puesto que todo su organismo está orientado hacia la perpetuación de la especie. Pero ya se ha dicho que la sociedad humana no está jamás abandonada a la Naturaleza. Y, en particular, desde hace aproximadamente un siglo, la función reproductora ya no está determinada por el solo azar biológico, sino que está controlada por la voluntad. (...)

Ya he dicho que la maldición que pesa sobre el matrimonio consiste en que con excesiva frecuencia, los individuos se unen así en su debilidad, no en su fuerza, y en que cada cual exige al otro, en lugar de complacerse en darle. Es un señuelo aún más decepcionante soñar con alcanzar a través del hijo una plenitud, un calor y un valor que no ha sabido uno crear por sí mismo (...). Desde luego, el hijo es una empresa a la cual puede uno destinarse valientemente; pero no más que cualquier otra representa una justificación en sí misma; es preciso que sea deseada por ella misma, no por unos hipotéticos beneficios. Stekel dice muy justamente:

*Los hijos no son un reemplazo del amor; no reemplazan un objetivo de vida rota; no son un material destinado a llenar el vacío de nuestra existencia; son una responsabilidad y un pesado deber; son los florones más generosos del amor libre. No son el juguete de los padres, ni la realización de su necesidad de vivir, ni sucedáneos de sus ambiciones insatisfechas. Los hijos son la obligación de formar seres dichosos.*

Tal obligación no tiene nada de natural: la Naturaleza jamás podría dictar una elección moral; esta implica un compromiso. Parir es adquirir un compromiso; si la madre lo rehuye después, comete una falta contra una existencia humana, contra una libertad; pero nadie puede imponérselo. La relación de los padres con los hijos, como la de los esposos entre sí, debería ser libremente querida. Y ni siquiera es cierto que el hijo sea para la mujer una realización privilegiada. Se dice de buen grado con respecto a una mujer que es coqueta, o enamoradiza, o lesbiana, o ambiciosa «a falta de un hijo»; su vida sexual, sus fines, los valores que persigue, serían sucedáneos del hijo. (...) Bajo este seudonaturalismo se oculta una moral social y artificial. Que el hijo sea la suprema finalidad de la mujer es una afirmación que tiene justamente el valor de un slogan publicitario.

El segundo prejuicio, inmediatamente implicado en el primero, consiste en que el niño encuentra una segura felicidad en los brazos maternos. No existen madres «desnaturalizadas», puesto que el amor maternal no tiene nada de natural: pero, precisamente por eso, hay malas madres. Y una de las grandes verdades que el psicoanálisis ha proclamado es el peligro que constituyen para el hijo los propios padres «normales». Los complejos, las obsesiones y las neurosis que padecen los adultos tienen sus raíces en su pasado familiar; los padres que tienen sus propios conflictos, sus querellas, sus dramas, representan para el hijo la compañía menos deseable. (...)

Existe una mala fe extravagante en la conciliación del desprecio con que se mira a las mujeres y el respeto con que se rodea a las madres. Constituye una paradoja criminal rehusar a la mujer toda actividad pública, cerrarle las carreras masculinas, proclamar en todos los dominios su incapacidad y confiarle, al mismo tiempo, la empresa más delicada y más grave de cuantas existen: la formación de un ser humano. Hay multitud de mujeres a quienes las costumbres y la tradición todavía niegan la educación, la cultura, las responsabilidades y las actividades que son privilegio de los hombres, y a quienes, no obstante, se les confía sin escrúpulo el cuidado de los hijos, como en otro tiempo se las consolaba de su inferioridad con respecto a los chicos entregándoles muñecas; se les impide vivir; en compensación, se les permite jugar con muñecos de carne y hueso. (...)

Al igual que en el matrimonio o en el amor, deja a otro el cuidado de justificar su vida, cuando la única actitud auténtica consiste en asumirla libremente. Ya se ha visto que la inferioridad de la mujer procedía originariamente de que, en principio, se ha limitado a repetir la vida, mientras el hombre inventaba razones para vivir, más esenciales a sus ojos que la pura ficción de la existencia-, encerrar a la mujer en la maternidad sería perpetuar esa situación.

Hoy reclama ella participar en el movimiento a través del cual la Humanidad intenta sin cesar justificarse superándose; no puede consentir en dar la vida más que en el caso de que la vida tenga un sentido; no podría ser madre sin tratar de representar un papel en la vida económica, política y social. No es lo mismo engendrar carne de cañón, esclavos o víctimas que engendrar hombres libres. En una sociedad convenientemente organizada, en la que el niño fuese tomado en gran parte a su cargo por la colectividad y la madre fuese cuidada y ayudada, la maternidad no sería inconciliable en absoluto con el trabajo femenino. Por el contrario, la mujer que trabaja -campesina, química o escritora- es la que tiene un embarazo más fácil por el hecho de que no se fascina con su propia persona; la mujer que posea la vida personal más rica será la que más dé al hijo y la que menos le pida; la mujer que adquiera en el esfuerzo y la lucha el conocimiento de los verdaderos valores humanos será la mejor educadora. Si con excesiva frecuencia hoy, la mujer tropieza con grandes dificultades para conciliar el oficio que la retiene fuera del hogar durante horas y consume todas sus energías con el interés de sus hijos, es porque, por un lado, el trabajo femenino es todavía, con excesiva frecuencia, una esclavitud; y, por otro lado, porque no se ha realizado ningún esfuerzo para asegurar el cuidado, la custodia y la educación de los niños fuera del hogar. Se trata de una carencia social: pero es un sofisma justificarla pretendiendo que una ley escrita en el cielo o en las entrañas de la Tierra exige que madre e hijo se pertenezcan exclusivamente el uno al otro; esta mutua pertenencia no constituye, en verdad, sino una doble y nefasta opresión. (...)

## **CAPÍTULO VI: SITUACIÓN Y CARÁCTER DE LA MUJER**

Ahora nos es posible comprender por qué se encuentran tantos rasgos comunes en las requisitorias dirigidas contra la mujer, desde los griegos hasta nuestros días; su condición ha seguido siendo la misma a través de cambios superficiales, y esa situación es la que define lo que se ha dado en llamar el «carácter» de la mujer: la mujer «se revuelca en la inmanencia», tiene el espíritu de la contradicción, es prudente y mezquina, carece del sentido de la verdad y de la exactitud, no tiene moral, es bajamente utilitaria, embustera, comedianta, interesada... En todas esas afirmaciones hay algo de verdad. Solo que las actitudes que se denuncian no le son dictadas a la mujer por sus hormonas, ni están prefiguradas en los compartimientos de su cerebro: están indicadas por su situación. En esta perspectiva, vamos a tratar de tomar sobre ella una vista sintética, lo cual nos obligará a ciertas repeticiones, pero también nos permitirá captar «el eterno femenino» en el conjunto de su condicionamiento económico, social e histórico.

A veces se opone el «mundo femenino» al universo masculino, pero es preciso subrayar una vez más que las mujeres no han constituido jamás una sociedad autónoma y cerrada; están integradas en la colectividad regida por los

varones y en la cual ocupan una posición subordinada; están unidas únicamente en tanto que son semejantes en virtud de una solidaridad mecánica: no existe entre ellas esa solidaridad orgánica sobre la cual se funda toda comunidad unificada (...). La propia mujer reconoce que el Universo, en su conjunto, es masculino; han sido los hombres quienes le han dado forma, lo han regido y todavía hoy lo dominan; en cuanto a ella, no se considera responsable de nada de eso; se sobreentiende que es inferior, dependiente; no ha aprendido las lecciones de la violencia, jamás ha emergido como un sujeto ante otros miembros de la colectividad; encerrada en su carne, en su morada, se capta como ente pasivo frente a esos dioses con rostro humano que definen fines y valores. (...)

Muchos de los defectos que se les reprochan: mediocridad, mezquindad, timidez, pequeñez, pereza, frivolidad, servilismo, expresan simplemente el hecho de que el horizonte les ha sido cerrado. Se dice que la mujer es sensual, que se revuelca en la inmanencia; pero antes la han encerrado en eso. La esclava aprisionada en el harén no experimenta ninguna pasión morbosa por la jalea de rosas o los baños perfumados: necesita matar el tiempo; en la medida en que la mujer se ahogue en un lúgubre gineceo -casa de compromiso u hogar burgués-, se refugiará también en la comodidad y el bienestar. (...)

Hay una justificación, una compensación suprema, que la sociedad ha tenido siempre el prurito de dispensar a la mujer: la religión. Hace falta una religión para las mujeres, como hace falta para el pueblo, exactamente por las mismas razones: cuando se condena a la inmanencia a un sexo, a una clase, es necesario ofrecerle el espejismo de una trascendencia. Al hombre le resulta ventajoso hacer que un Dios endose los códigos que elabora: y de manera singular, puesto que ejerce sobre la mujer una autoridad soberana, es bueno que esta haya sido conferida por un ser soberano. (...)

Ya se ve que el conjunto del «carácter» de la mujer, sus convicciones, sus valores, su prudencia, su moral, sus gustos, sus actitudes, se explican por su situación. (...) Así, pues, tan absurdo es hablar de «la mujer» en general como del «hombre» eterno. Y se comprende por qué son ociosas todas las comparaciones que se esfuerzan en decidir si la mujer es superior, inferior o igual al hombre: sus respectivas situaciones son profundamente diferentes. Si se las confronta, resulta evidente que la del hombre es infinitamente preferible, es decir, que este tiene muchas más posibilidades concretas de proyectar en el mundo su libertad; de ello resulta, necesariamente, que las realizaciones masculinas superan con mucho a las femeninas, ya que a las mujeres les está punto menos que prohibido el hacer algo. (...) Bajo formas diversas, las trampas de la mala fe, las mistificaciones de lo serio, acechan tanto a unos como a otras; la libertad está entera en cada cual. Solo por el hecho de que en la mujer es abstracta y huera, esta no podría auténticamente asumirse más que en la rebelión: ese es el único camino abierto a quienes no tienen la posibilidad de construir nada; preciso es que rechacen los límites de su situación y procuren abrirse los caminos del porvenir; la resignación no es más que una dimisión y una huida; para la mujer no hay otra salida que luchar por su liberación. Esa liberación solo puede ser colectiva y exige, ante todo, que concluya la evolución económica de la condición femenina.

## **PARTE CUARTA: HACIA LA LIBERACIÓN**

### **CAPÍTULO PRIMERO: LA MUJER INDEPENDIENTE**

El Código francés ya no incluye la obediencia en el número de los deberes de la esposa, y cada ciudadana se ha convertido en electora; estas libertades cívicas siguen siendo abstractas cuando no van acompañadas de una autonomía económica; la mujer mantenida -esposa o cortesana- no se libera del varón por el hecho de que tenga en las manos una papeleta electoral; si las costumbres le imponen menos restricciones que antaño, esas licencias negativas no han modificado profundamente su situación: la mujer permanece encerrada en su condición de vasalla. Gracias al trabajo la mujer ha franqueado en gran parte la distancia que la separaba del varón; únicamente el trabajo es el que puede garantizarle una libertad concreta. Tan pronto como deja de ser un parásito, e sistema fundado sobre su dependencia se derrumba; entre ella y el Universo ya no hay necesidad de un mediador masculino. La maldición que pesa sobre la mujer vasalla consiste en que no le está permitido hacer nada: entonces se obstina en la imposible persecución del ser a través del narcisismo, el amor, la religión; en cambio, productora y activa reconquista su trascendencia; en sus proyectos, se afirma concretamente como sujeto; por su relación con el fin que persigue, con el dinero y con los derechos que se apropia, experimenta su responsabilidad. Multitud de mujeres tienen conciencia de esas ventajas, incluso entre aquellas que ejercen los oficios más modestos. A una mujer de la limpieza que estaba fregando el suelo del vestíbulo en un hotel le oí decir: «Nunca he pedido nada a nadie. He llegado yo sola.» Estaba tan orgullosa de bastarse a sí misma como un Rockefeller. Sin embargo, no hay que creer que la simple yuxtaposición del derecho a votar y de un oficio constituya una perfecta liberación: el trabajo hoy no es la libertad. Solamente en un mundo socialista, cuando la mujer acceda a aquel, se asegurará esta. La mayoría de los trabajadores son hoy día explotados. Por otra parte, la estructura social no ha sido profundamente modificada por la evolución de la condición femenina. Este mundo, que siempre ha pertenecido a los hombres, conserva todavía la fisonomía que le han dado ellos. No hay que perder de vista estos hechos, que constituyen la base de la complejidad de la cuestión del trabajo femenino. Una dama importante y bien intencionada ha efectuado recientemente una encuesta entre las obreras de la fábrica Renault; y afirma que estas preferirían quedarse en casa antes que trabajar en la fábrica. Sin duda, no alcanzan la independencia económica sino en el seno de una clase económica oprimida; y, por otro lado, las tareas ejecutadas en la fábrica no las dispensan de las servidumbres del hogar. Si se les hubiera propuesto elegir entre cuarenta horas de trabajo semanal en la fábrica o en la casa, sin duda su respuesta habría sido muy otra; y tal vez incluso aceptarían alegremente el cúmulo si, en tanto que obreras, pudieran integrarse en un mundo que fuese su mundo, y en cuya elaboración participarían

con gozo y orgullo. En la hora actual, y sin hablar de las campesinas, la mayoría de las mujeres que trabajan no se evaden del mundo femenino tradicional; no reciben de la sociedad, ni de sus maridos, la ayuda que les sería necesaria para convertirse concretamente en iguales a los hombres. Únicamente las que tienen una fe política, militan en los sindicatos o tienen confianza en el porvenir pueden dar un sentido ético a las ingratas faenas cotidianas; pero, privadas de ocios y herederas de una tradición de sumisión, es normal que las mujeres empiecen solamente ahora a desarrollar un sentido político y social. (...)

El privilegio que el hombre ostenta y que se hace sentir desde su infancia consiste en que su vocación de ser humano no contraría su destino de varón. (...) Él no está dividido. (...) El hombre apenas tiene que preocuparse por su ropa; es una ropa cómoda, adaptada a su vida activa, y no tiene que ser rebuscada; apenas forma parte de su personalidad. Además, nadie espera que se cuide él mismo de ella: cualquier mujer benévola o remunerada le descarga de ese cuidado. La mujer, por el contrario, sabe que, cuando la miran, no la distinguen de su apariencia: es juzgada, respetada y deseada a través de su indumentaria. Sus vestidos han sido primitivamente destinados a consagrarla a la impotencia, y han permanecido frágiles: las medias se desgarran, los tacones se tuercen, las blusas y los vestidos claros se manchan, los plisados se desplisan; sin embargo, tendrá que reparar por sí misma la mayor parte de tales accidentes; sus semejantes no acudirán benévolamente en su ayuda, y tendrá escrúpulos en gravar aún más su presupuesto con trabajos que puede ejecutar ella misma: las permanentes, el marcado, los afeites y los vestidos nuevos ya cuestan bastante caros. Cuando regresan a casa por la noche, la secretaria, la estudiante, siempre tienen que coger algún punto a una media, lavar una blusa o planchar una falda.

## CONCLUSIÓN

(...) Muchos piensan que entre ambos sexos siempre habrá «intriga y discordia» y que jamás será posible la fraternidad entre ellos. El hecho es que ni hombres ni mujeres están satisfechos hoy unos de otros. Pero la cuestión estriba en saber si se trata de una maldición original que los condene a desgarrarse mutuamente o si los conflictos que los oponen no expresan más que un momento transitorio de la Historia humana.

Ya hemos visto que, a despecho de leyendas, ningún destino fisiológico impone al Varón y a la Hembra, como tales, una eterna hostilidad; hasta la famosa mantis religiosa solamente devora al macho a falta de otros alimentos y en interés de la especie: a esta última se subordinan todos los individuos de arriba abajo en la escala animal. Por lo demás, la Humanidad es algo distinto de una especie -un devenir histórico- y se define por la manera en que asume la ficción natural. (...)

La disputa durará en tanto que hombres y mujeres no se reconozcan como semejantes, es decir, en tanto se perpetúe la femineidad como tal; ¿quiénes de ellos son los más encarnizados en mantenerla? La mujer que se libera de ella quiere, no obstante, seguir conservando sus prerrogativas; y el hombre exige que entonces asuma también sus limitaciones. «Es más fácil acusar a un sexo que excusar al otro», dice Montaigne. Distribuir censuras y parabienes resulta vano. En verdad, si el círculo vicioso resulta aquí difícil de romper, es porque ambos sexos son víctimas cada uno al propio tiempo del otro y de sí mismo; entre dos adversarios que se afrontasen en su pura libertad, podría establecerse fácilmente un acuerdo: tanto más cuanto que esa guerra no beneficia a nadie; sin embargo, la complejidad de todo este asunto proviene de que cada uno de los campos es cómplice de su enemigo; la mujer persigue un sueño de dimisión; el hombre, un sueño de enajenación; la inautenticidad no es rentable: cada cual culpa al otro de la desgracia que se ha buscado al ceder a las tentaciones de lo fácil; lo que el hombre y la mujer odian el uno en el otro es el clamoroso fracaso de su propia mala fe y de su cobardía. (...)

Los innumerables conflictos que enfrentan a hombres y mujeres derivan de que ninguno de los dos asume todas las consecuencias de esa situación que uno propone y otra sufre; esa incierta noción de la «igualdad en la desigualdad», de la cual se sirve uno para enmascarar su despotismo y la otra su cobardía, no resiste a la experiencia; en sus intercambios, la mujer reclama la igualdad abstracta que le han garantizado, y el hombre, la desigualdad concreta que constata. (...)

Se me dirá que todas estas consideraciones son puramente utópicas, puesto que para «rehacer a la mujer» sería preciso que la sociedad ya la hubiera hecho realmente igual que el hombre; los conservadores, en todas las circunstancias análogas, no han dejado nunca de denunciar este círculo vicioso: sin embargo, la Historia no gira en redondo. Sin duda, si se mantiene una casta en estado de inferioridad, seguirá siendo inferior: pero la libertad puede romper ese círculo; que se deje votar a los negros, y se convertirán en personas dignas del voto; que se den responsabilidades a la mujer, y sabrá asumirlas; la cuestión estriba en que sería ocioso esperar de los opresores un movimiento gratuito de generosidad; sin embargo, unas veces la rebelión de los oprimidos y otras la evolución misma de la casta privilegiada crean situaciones nuevas; de ese modo, los hombres se han visto obligados, en su propio interés, a emancipar parcialmente a las mujeres: estas solo tienen que proseguir su ascensión, alentadas por los éxitos que obtienen; parece casi seguro que dentro de un período de tiempo más o menos largo accederán a la perfecta igualdad económica y social, lo que llevará consigo una metamorfosis interior.

En todo caso, objetarán algunos, si un mundo tal es posible, no es deseable. Cuando la mujer sea «lo mismo» que el hombre, la vida perderá «toda su sal». Este argumento tampoco es nuevo: los que tienen interés en perpetuar el presente, siempre vierten lágrimas sobre el mirífico pasado que va a desaparecer, sin otorgar una sonrisa al joven porvenir. (...)

Al hombre corresponde hacer triunfar el reino de la libertad en el seno del mundo establecido; para alcanzar esa suprema victoria es necesario, entre otras cosas, que, por encima de sus diferencias naturales, hombres y mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad.